

## SERMON PANEGIRICO

DE

## SAN ANDRÉS APÓSTOL.

*Venite post me et faciam vos fieri, pisca-  
tores hominum.*

Venid en pos de mí, y os haré pesca-  
dores de hombres.

Math. cap. IV, v. 19.

La hija del cielo; la religion católica que nació y se robusteció á través de las mas terribles persecuciones, no ha dejado un solo momento en el trascurso de cerca de diez y nueve siglos que cuenta de existencia, de ser objeto de luchas y combates: la herejía por una parte, y por otra el filosofismo, han hecho los mayores esfuerzos á fin de destruir una fundacion á la que el mundo debe la civilizacion y la verdadera libertad. Sin embargo, los mismos enemigos de la Iglesia hánse visto obligados á pesar suyo á confesar que á ella es debida la moralizacion de las costumbres, el haberse mitigado el rigor de las leyes, y el haber aprendido los hombres á ser humanos y caritativos amándose como hermanos.

Ahora bien, señores; ¿cómo es que una institucion contra la cual se han levantado en todos los siglos las

mas encrespadas olas de las persecuciones, subsiste tan gloriosa y tan triunfante? ¿Cómo es que mientras desaparecen los mas florecientes imperios y caen por tierra los mas sólidos tronos, la Iglesia se presenta coronada de gloria á la faz de los pueblos y naciones? Esto debia bastar al incrédulo para doblar su cerviz y reconocer la mano de Dios en esa obra tan sólida y tan fuerte, que resiste sin conmovirse ni bambolearse sobre sus cimientos los grandes esfuerzos de los hombres por destruirla.

A pesar de esta elocuente demostracion, aun hay hombres que permanecen ciegos y que se resisten á someterse á esta Iglesia, á la que temerariamente persiguen. ¡A cuántas aberraciones está sujeta la menguada inteligencia humana! Justamente cuando hoy debo hablaros de los trabajos apostólicos de uno de los fuertes heraldos del crucificado del Gólgota, de uno de los elegidos por Jesucristo para que llevarsen la gloria de su nombre hasta los últimos confines de la tierra, de Andrés, en suma, que supo confundir con la sabiduría del Evangelio toda la ciencia del paganismo, he de presentaros necesariamente el cuadro de las maravillas que acompañaron en su fundacion á la Iglesia de Jesucristo, en el que encontrareis las mas claras y luminosas pruebas de su verdad y de la divinidad de su Fundador.

¿Habeis oido, mis señores, las palabras con que he abierto el presente discurso? «Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres.» Tales son las expresiones que Jesucristo dirige á Simon y Andrés, pobres pescadores que se ocupaban en arrojar sus redes al mar. Feliz Andrés que en compañía de su hermano tuvo la gloria de ser el primero llamado al Apostolado para



ser testigo de la predicacion y de los milagros del Salvador, y ser despues uno de los continuadores en la gran obra de la conversion del mundo. ¡Cuán fielmente supo corresponder á la vocacion divina! Por seguir á Jesucristo todo lo abandona sin examinar lo que se le ofrece en aquella nueva escuela. Discípulo fiel, predicador celoso y mártir de la religion, fué un verdadero discípulo del Salvador, digno de la corona de gloria que le enaltece en el cielo, y de los cultos que se le consagran en la Iglesia.

Vamos, pues, á recorrer aunque con rapidez sus hechos admirables, á seguirle en su predicacion y á contemplarle en el martirio, y al par que admiraremos el celo del Apóstol y la fortaleza del mártir, veremos demostrada la verdad de la religion cristiana por las maravillas de su establecimiento.

Imploremos los auxilios divinos por la mediacion de la Reina de los apóstoles, María, Señora Nuestra, saludándola con las palabras del ángel: *Ave María*.

#### PARTE UNICA.

Cuando el mundo habia llegado al mayor grado de abyeccion posible: cuando el verdadero Dios era tan solamente reconocido y adorado en un rincon de la Judea, postrándose el resto de la humanidad ante inmundos ídolos: cuando el mundo de la razon y de la intelijencia se hallaba envuelto en el negro manto de los mas groseros errores, pues que eran desconocidas las grandes nociones de Dios, de su Providencia vigilante y de su Justicia eterna, llegó el tiempo designado por los Profetas y apareció entre los hombres, hecho hombre el que era Hijo de Dios

desde la eternidad. Dios mismo, uno Dios con el Padre y el Espíritu Santo. Era el prometido desde el Paraiso: luz verdadera cuyo destino era iluminar á todo hombre que viene á este mundo. Nació en la humildad de un pesebre, donde fué alabado por los ángeles y adorado por reyes y pastores. Creció en el seno de una familia desvalida y llegado que fué el tiempo de llenar su altísima mision entre los hombres, empezó á recorrer los pueblos de la Judea, predicando una doctrina santa, celestial, divina, pero hasta entonces desconocida. La doctrina de Jesus basada toda ella en la ley de la caridad, debia sustituir á las leyes del egoismo que dominaban la sociedad humana.

Quiso, pues, el Salvador rodearse de discípulos que fuesen testigos de su celestial enseñanza, como así mismo de sus repetidos prodigios para que continuasen despues de su sacrificio, la obra de la regeneracion social, siendo al mismo tiempo los primeros heraldos de la Cruz. Si Jesucristo no hubiera sido un Dios: si como quieren el judío Salvador y el impío Renan, no hubiese sido otra cosa que un gran filósofo, un hombre de superior talento, puesto al frente de una revolucion moral, que llevaba en pos de sí el trastorno de todo el orden social, hubiese acudido en busca de discípulos al Areópago, al Pórtico ó al Liceo: se hubiese rodeado de hombres sábios, reconocidos en la república de las letras, y suficientes por la reputacion de que gozaran para influir en todos los ánimos. La verdad no necesita tales recursos: las obras de Dios son en todo diferentes de las obras de los hombres. Por esto Jesucristo busca á los que han de predicar su doctrina, no en las escuelas



de la sabiduría humana, sino en las orillas del mar: pobres pescadores, sin reputacion entre las gentes, sin mas bienes que sus míseras barquillas, ni mas trato que con los compañeros de su oficio, son los llamados á luchar con los filósofos, á destruir los vicios á los cuales se erigian altares, y á mudar las leyes del mundo, sin proteccion alguna de príncipes ni magnates.

Entre estos Apóstoles, predicadores de la verdad, se cuenta el glorioso San Andrés: su fé héroica confunde la incredulidad de los cristianos de nuestros dias. ¿Qué vió nuestro Apóstol en Jesucristo, para determinarse á seguirle desde el momento en que le conoce? ¡Ah! Que lleno de fé, penetró la divinidad por entre los velos de la carne. No fué un fanático seducido por halagüeñas promesas, puesto que el Salvador, solo ofrecia á sus discípulos luchas y contradicciones. Fué llamado y correspondió con fidelidad al llamamiento divino. Pasaba un dia el Salvador por delante del Precursor Juan Bautista, y éste al verle exclamó dirigiéndose á sus discípulos: «¡Ved ahí el Cordero de Dios!» Andrés oye estas palabras, fija sus ojos en el rostro del divino Nazareno, y le dice: «Maestro ¿dónde moras?» Y acompañándole á su morada, permanece con él todo el dia. Bastó, pues, la insinuacion del Bautista para que Andrés reconociese en Jesucristo al Mesías libertador, y fué suficiente este reconocimiento para amarle y entregarle su corazon por completo. ¡Qué efecto tan admirable obró la gracia, durante el tiempo que permaneció al lado del Señor, escuchando su doctrina! Lleno de fé, impulsado por la caridad que ya habia tomado posesion de su corazon, apenas se separa de Jesus, corre

presuroso en busca de su hermano Simeon, al cual comunica la agradable nueva de que ha visto al Mesías, llevándole á él á fin de que participase de su misma felicidad.

¿Y cuál es ya la mision de Andrés desde el momento en que se asocia á Jesucristo? ¿Cuál es su destino? El mismo Salvador se lo dijera un dia cuando en compañía de Simeon echaba las redes en el mar de Galilea. «Venid en pos de mí: y os haré pescadores de hombres.» Es decir: en adelante vuestro oficio no será ya pescar los peces, sino convertir á mí los hombres, enseñándoles mi doctrina.

En efecto: al primer sonido de la voz divina del Mesías, Andrés se hace amigo, discípulo y compañero de sus glorias y fatigas, sin examinar lo que se le ofrece en la escuela de un Dios-Hombre: sin parar mientes en el ódio de los escribas, ni en el desprecio de los grandes: une voluntariamente su suerte á la de aquel que le habia dicho: «Ven en pos de mí y te haré pescador de hombres.»

Mas tarde Jesucristo, cuya vida pública habia sido un encadenamiento de prodigios, es perseguido por aquellos mismos que participaron de sus beneficios. Las profecías debian cumplirse, y el Salvador cayó voluntariamente en manos de sus enemigos. ¿Titubea por esto la fé de Andrés? ¿Créese engañado y vuelve las espaldas al que con tanta prontitud y constancia habia seguido? Esto hubiera sido efecto de una fé tibia, pero no de una fé viva, eficaz, robusta cual la que ardia en su pecho. Jesus muere en un patíbulo de afrenta cual un facineroso, siendo la santidad por esencia. Andrés llora por la muerte de su soberano Maestro, recuerda de continuo sus pala-



bras, y espera confiado que resucitará de entre los muertos como lo habia anunciado.

Era llegada la hora en que el Evangelio debia ser anunciado por todas partes: Jesucristo, despues de resucitado y antes de subir á los cielos, habia dicho á sus discípulos: «Id por todo el mundo y predicad el santo Evangelio á todas las criaturas, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» Los Apóstoles estaban prontos para cumplir el soberano mandato. Nada podia arredrarles: habian visto á Jesus resucitado, habian escuchado su voz, é inflamados por el fuego de la caridad, deseaban ser víctimas inmoladas por la verdad evangélica. Así es que apenas el Espíritu Santo descendió sobre ellos, se separaron unos de otros para hacer resonar en los diversos paises del mundo la trompeta evangélica. El nombre de Jesucristo crucificado es conocido en Macedonia por la predicacion de Mateo: Bartolomé en Lycaonia, y en Babilonia Tadeo, triunfan del error, y mientras Santiago el menor predica en Mesopotamia, se descubren los grandes triunfos de Tomás en la India y los de Felipe en la Frigia, así como las rápidas conquistas de Simon en Egipto y de Matías en Judea. Empero dejemos á estos apóstoles trabajar con santo celo en la propagacion del Evangelio, y sin detenernos en contemplar al Príncipe de todos ellos evangelizando en Roma, á Juan en Asia y Santiago el mayor en nuestra España, fijemos nuestra atencion en el héroe de los presentes cultos, en Andrés, destinado á predicar en Acaya. ¿Se contenta por ventura en hacer reconocer á Jesucristo en un solo pueblo? No: él parece que multiplica su presencia. A su voz caian por todos los pueblos por

donde pasaba los altares de los ídolos. Su predicacion producía tal fruto, que sus oyentes detestando los errores, corrian presurosos á alistarse en las banderas de Jesucristo: y allí, donde poco antes existieran monumentos de un culto sacrilego, se ostenta triunfante el estandarte de la cruz. Y qué, ¿á vista de los triunfos que consigue no podremos decir que fué Andrés un héroe admirable de virtud, que cumplió perfectamente los deberes de su ministerio?

Así es, señores, pero fijemos nuestra atencion siquiera sea por breves momentos en las maravillas que acompañaron á la estension del Evangelio. Ya hemos visto que Andrés, como los demas apóstoles, eran unos hombres pobres, que emprendieron la predicacion sin contar con apoyo alguno humano. ¿Cómo, pues, tuvieron tanto ascendiente para atraer á sí los pueblos enteros, destruyendo los errores, propagando nuevas doctrinas y llevando á cabo la revolucion moral mas extraordinaria que vieran los siglos? En primer lugar, ellos no se hubieran atrevido á emprender tal empresa si no hubiesen visto á Jesucristo resucitado, y Jesucristo no hubiera resucitado no siendo Dios verdadero, al tiempo mismo que verdadero hombre. Sabian, pues, que era divina la doctrina que predicaba, y nada les importaba morir por la verdad. Los milagros confirmaron su predicacion, y esto á no dudarle era un gran apoyo para que fuesen recibidos y escuchados. Acaso ¿fueron debidos los triunfos de la predicacion de los Apóstoles á la brillantez y hermosura de la doctrina que enseñaban? ¡Ah! Que si los judíos esperaban un Mesías, como quiera que acomodaban á sus caprichos las profecías de la Escritura, creian que habia de venir rodeado